

NO ENTIENDO

Channing

Conduzco por la autovía con la mirada fija al frente mirando al coche que va delante del mío. En unos minutos llegaré a casa. Acariciaré a mi perro que saldrá contento a recibirme. Dejaré las llaves encima de la cómoda, en un cenicero. Me quitaré la cazadora de cuero que dejaré tirada en el sofá y entraré en el cuarto de baño. Abriré el grifo de la ducha, me desnudaré, y me meteré debajo del agua bien caliente dejando que moje todo mi cuerpo. Y una vez más intentaré olvidar lo que acabo de hacer. Pero como siempre, el recuerdo me excitará y sólo querré liberarme de esta presión cuando llegue mi mujer. Ella me amará y sentiremos la satisfacción de hacer el amor con intensidad, con pasión. Llegaremos al clímax exhaustos y podré relajarme, descansar y definitivamente, olvidar. Seguiré haciendo mi vida como si nada hubiera pasado.

Seguiré hasta que otra vez tenga ganas y deseo. Y volveré a ponerme la cazadora de cuero. Cogeré las llaves del coche del cenicero. Acariciaré a mi perro para despedirme de él. Subiré al coche y conduciré hasta el área de descanso de la autovía. Aparcaré y me meteré entre una zona de matorrales, discreta, donde otros hombres acostumbran a reunirse. Me arrodillaré delante de ellos. Esperaré a que se acerquen y se bajen los pantalones delante de mí. Dejaré que me humillen y me insulten. Disfrutaré mamando sus miembros, oliéndolos, tocándolos... hasta que se corran en mi cara, se suban los pantalones, se vayan y me dejen solo. Me limpiaré y volveré al coche. Respiraré hondo, arrancaré y regresaré conduciendo por la autovía a mi casa.

No soy gay. No engaño a mi mujer. No tengo remordimientos de conciencia. Sólo sé que necesito hacer eso de vez en cuando. Sólo es eso, una necesidad... aunque no lo entienda.

(307 palabras)

ERAN OTROS TIEMPOS.

Alias 2

Tu lápida parece menos desolada con estas flores. No me des las gracias; quise tener un detalle contigo. Te debe extrañar este gesto, y no te culpo, porque siempre fui reservado para mis cosas, no se me dio bien las demostraciones afectivas en público. Por más quejas que recibía de mi resignada esposa, eso nunca cambió. Finalmente, ella se acostumbró a las tardes silenciosas, a mi compañía y a la rutina doméstica. Ya sé que no te gusta que te hable de ella, pero la echo de menos, al igual que a ti, fuisteis las personas más importantes de mi vida. Ella te aceptó el día que te presenté como el incondicional amigo de la mili, ¿recuerdas? En cambio, nunca me perdonaste que me casara con ella. Eran otros tiempos. Cuando mi mujer iluminó los días sin ti con la bendición de la paternidad, el tiempo se escurrió entre mis dedos, los hijos crecen rápido... ¿Recibiste la foto de mi hija Matilde? Es toda una mujercita. Tuvo suerte en la vida, porque se casó con el hombre de quien se enamoró. A ella también se le pasa el tiempo rápido: mi nieto ha comenzado el segundo año en la universidad. A veces, creo ver en su rostro el tuyo, me viene a la memoria aquellas citas clandestinas, la sensación de que siempre seríamos jóvenes, sin prisas, despreocupados, solamente tú y yo. A la vejez y viudo, pienso que es una suerte que alguien pose sus ojos sobre este cuerpo en ruinas. En algún momento, deseé con todas mis fuerzas que eso cambiara... pero me equivoqué. Ayer oí como los amigos de mi nieto se mofaban de un compañero suyo de la universidad, simplemente, porque les rebeló que su mayor fantasía erótica era hacer el amor con su novio en los servicios de la facultad. ¡Soberbia juventud! Parece ser que en mis últimos días, lo único que permanece es la homofobia y la leal soledad de un anciano. Lo más parecido a una caricia es el ritual de mi joven peluquero. Posa su mano izquierda sobre mi cuello, para estirar la piel, mientras que con la mano derecha calibra la inclinación de la navaja. Me clava sus ojos azules. Siento que me recorre un escalofrío. Pero no te pongas celoso. Mi corazón siempre te fue fiel. Todavía espero la hora en la que me pueda reunir contigo.

(396 palabras)

HUMO

Giovanni Sarce

Después de un mes de cónclave (intrigas aceradas, murmullos ambiguos, traiciones en la penumbra), la púrpura cardenalicia empezó a desteñir y la chimenea del Vaticano dejó salir una fumata rosa. Estupor general. Se dijo que se había probado, obviamente sin éxito, un nuevo sistema de combustión, pero lo cierto es que el camarlengo había tomado la heroica decisión de pasar a la historia y salir del armario, todo a la vez. Ni por esas. El nuevo Papa siguió la inveterada tradición de desoír los mensajes del Espíritu Santo, y el pobre camarlengo tuvo que cambiar su vocación palaciega y ornamental por otra misionera y selvática. A la luz de los primeros rayos del sol ecuatorial, el vaho que exhala el follaje parece humo de color de rosa.

(127 palabras)

La cita esperada

Yorga

Era el gran día. Iban a enfrentar sus rostros en la barra de aquel restaurante de impronunciable nombre, un local de refinado estilo tras más de veinte años de espera. El paso del tiempo, sin embargo, no le había impedido conocer otras personas y tener sexo para calmar sus instintos. No le satisfacía. Ahora, al filo de los cincuenta, volvía a verla, casada, con tres hijos y la misma sonrisa de antaño. Al desplegar la carta de cócteles aterrizó un silencio, eterno. Pero al fin, se atrevieron. Una pidió; carne, la otra, pescado. No esperaron a los postres.

(98 palabras)

El intercambio

Lala Bores

—Encarni, ¿por qué no vamos a un local de intercambio de parejas? Cuando tu padre me lo dijo, la verdad es que me sorprendió, para qué te voy a engañar. Pero imagínate la de veces en los últimos años que he contado yo el gotelé con tu padre encima: no le puse ni una pega. Y oye, allí que nos fuimos al día siguiente.

La puerta del local era de lo más hortera, pero la música se salvaba. Y limpiísimo, estaba todo limpiísimo. Pero mira, Marta, con mis cincuenta y tres años y los cincuenta y seis de tu padre, la verdad es que no esperaba que ni él ni yo consiguiéramos intercambiarnos con nadie. Cuando entramos, nos despedimos con un beso en la mejilla y yo me fui directa a por un Martini. Al fondo, vi que tu padre se acercaba a una pareja y me señalaba, pero esa pareja ya estaba intercambiada. Con tanta mezcla, una acaba liándose un poco, y llegó un momento en el que perdí de vista a tu padre. Le di un sorbo al Martini y decidí no investigar, que no estaba allí para eso. Además, si ya era triste ver a tu padre en directo en la cama conmigo, más triste sería verlo con otra. Bueno, eso quizá no debería habértelo dicho.

El Martini me duró dos minutos pero en cuanto lo acabé, ya tenía otro en la mano. A ése me invitaban y el resto ya lo sabes. Y ¿qué quieres que te diga, hija? A estas alturas no vas a llamarla mamá ni leches. Llámala Carmen y ya está, ¿no?

(269 palabras)

HERENCIA

PESARES A PESAR

Hoy, por primera vez en mi vida, le he cortado las uñas de los pies a mi madre: madre de ochenta y tres años, castellana recia, católica, apostólica y romana, cuidadora de un marido aquejado de una demencia senil no identificada.

Yo, su *hija pródiga*: lesbiana pública y confesa, recalcitrante e irredenta, se las cortaba empleando toda la ternura de que soy capaz, la misma que ella se empeñó en reprimir toda su vida para no “maleducarme”.

Después le he lavado los pies, y lentamente le he ido pasando una toalla entre los dedos, recreándome en secar cada pequeño espacio confluyente.

Ella me retiraba el pelo, quizá para no hacerme sentir como *María Magdalena*, y yo contenía mi congoja hablando sin parar de las virtudes del cortaúñas que me regaló como recuerdo de su viaje a Fátima, elemento éste, del cual soy incapaz de prescindir desde hace treinta y un años, y que forma parte irremplazable del equipaje de mano que utilizo allá donde me desplazo.

Sé que en la manera en que yo le cortara hoy las uñas, ella se aferraría a una certeza que necesitaba/necesito, certificar...y es la de que puede confiar su futuro cuidado a unas manos apacibles.

-Gracias hija- me ha dicho en la puerta.

-A ti, madre.

(212 palabras)

Exorcizando

Alias 14

Ayer hablé con Beatriz. - Soñarte desnuda significa verdad-

Yo descendía -ya lo dije- desnuda por una escalera. A ella se la habían llevado sus padres y unos hombres. Sé que, con toda seguridad, cogió un tren con destino a la norma, creo que con parada en las multitudes.

Ella lloraba. Yo, también

Sabía, en mi letargo, que andaba en ensoñaciones. Percibía cómo se me iba subiendo la congoja, cómo se me quebraba al filo de su determinación y a dos centímetros de mi garganta

Ahora sé, después de muchos años, que nunca ha de volver. No se vuelve de un viaje a la norma, con parada en las multitudes, sin haberse muerto una antes

(115 palabras)